

Fragmentos en oro y plata

Jacinta Ruiz Rabasa

— **D**octor, Doctor, ¡ayuda! Mi hijo se muere.

El grito de dolor me hizo detener mi paso por el pasillo central del área de Emergencia del Hospital Miguel Hidalgo de Aguascalientes. Instantáneamente me giro, veo a una mujer de aproximadamente 35 años con un pequeño en brazos. Acelero mi paso para detenerla antes de que caiga al fiero suelo de los dolores. Fue así como la providencia intervino para cruzarme con Filomena Lozano, una mujer de facciones nobles y finas, quien vestía con severidad y recato, de porte digno y austero. No era adusta, pero siempre tenía un gesto melancólico, con voz apagada y ademanes cautelosos y discre-

tos, cuyas manos, cuando las movía, eran abanicos con aires gitanos.

Ella trabajaba en su taller de costura, situado en la calle Venustiano Carranza, frente al Museo Regional de Historia de Aguascalientes. Todas las mañanas llegaba en punto de las ocho, religiosamente abría los oscuros que cubrían las ventanas que dan a la calle para que los fieles que salieran de la parroquia del Sagrario, de misa de ocho, disfrutaran de sus últimas creaciones artísticas, confeccionadas en las más delicadas telas.

- Juanita, rápido, alcohol. Solicite una camilla.
- Sí, Doctor.
- Andrés, tenga a la criatura, revíselo y deme su diagnóstico, nos vemos en el área de Pediatría.

Sin decir nada, Andrés tomó al niño y de inmediato se encaminó a Pediatría.

En el taller trabajaban otras costureras, cinco en total, todas jóvenes y guapas, de orígenes muy humildes y con escasos estudios. Una de ellas, la única que había terminado la primaria, Carmen, todos los lunes tenía el periódico *El Redondel* abierto sobre la mesa en la que estaba su máquina de coser, siempre en la sección de Toros. Antes de iniciar su trabajo, les leía a las demás las crónicas de las corridas del día anterior.

En la cama 7 de Pediatría estaba Manuel, un niño entre los 10 y 12 años, de tez morena, ojos grandes color aceituna, con una buena descalabrada del lado derecho.

- Buenos días, Manuel, ¿pudiste dormir?
- Hola, ¿tú quién eres?
- Soy tu Doctor, el que te recibió ayer, ¿te acuerdas?
- Muy poco, lo que sí me acuerdo es el guamazo que me di al brincar de la ventana del taller de costura de mi mamá Filomena.
- Y... ¿por qué brincaste?

- Porque mi mamá no me da permiso de ir a los toros y tenía que ir a ver a Fermín Espinosa “Armillita”, que toreó ayer. ¿A ti te gustan los toros?
- Me gustan mucho, Manuel.
- Me puedes decir Manuelillo, es más torero. ¿Tú cómo te llamas?
- Soy el Doctor Alfonso Pérez Romo. Mira, aquí en mi bata lo dice.

Manuel, con voz ronca y titubeando, deletreó el nombre.

- ¿Tú eres el Doctor que cura a los toreros? Por eso me curaste la descalabrada.
- Sí, Manuelillo, así es, y también podré curarte las cornadas que te propine un toro en el ruedo.
- Pero tu nombre no es muy torero y tu traje blanco es muy triste, mi mamá hace unos muy bonitos y brillosos.

El Doctor esbozó una gran sonrisa, le tomó el pulso, revisó su hematoma, así como la descalabrada, y le dijo:

- Entonces, ¿tú quieres ser torero?
- Sí, como el maestro Fermín Espinosa “Armillita”; como “el Ave de las Tempestades” Lorenzo Garza; como “el Rey del Trinchero” Silverio Pérez; como “el Valiente” Joselito Huerta; como el artista tapatío Manuel Capetillo; como Jorge Aguilar “el Ranchero” o Rafael Rodríguez “el Volcán de Aguascalientes”, y qué me dice del Tigre de Guajuato y de Antonio Velázquez “Corazón de León”. Sé que conquistaré las plazas de España, como lo hizo Rodolfo Gaona, tener un mano a mano con Manuel Benítez “el Cordobés” y...
- Manuelillo, ¿quién te ha enseñado tantas cosas?

- En el taller, Carmen nos lee todos los lunes la crónica de las corridas del día anterior, mientras ella, con un estilo muy artístico, nos va narrando lo que sucedió. Yo tomo un pedazo de tela roja, mi muleta, y comienzo por imaginarme que estoy en el ruedo frente a un toro bravo. Tú, ¿no has toreado?
- Por supuesto que he toreado.
- Pero ¿con bata blanca? Mejor ven al taller de mi mamá y ella te hará un bonito traje de oro o plata. ¿Sabes una cosa?, tu traje se fundirá como una segunda piel, guardando lo más íntimo de tu ser: el miedo que hay que vencer.

Dios mira desde el cielo cómo los hombres se mueven en la plaza, cómo templan, mandan y se enfrentan al toro llamado “¡vida!”. No hay nada más fascinante que burlarse de la muerte toreando. En esta Fiesta, tan primitiva, tan interior, no queda más remedio que afirmarla o negarla.

- Manuelillo, ¿sabes una cosa?, todos tenemos algo que nos distingue, yo mi bata blanca de doctor y los toreros su traje de luces. Vestirte de doctor o de torero implica muchas cosas, es una forma filosófica de sentir que sabes lo que tienes que hacer. La vida, Manuelillo, es como un traje de torear, tú vas bordando tu camino, eliges los colores, diseñas los dibujos; sobre todo, buscas quién te ayudará a pasar la aguja de un lado a otro de la seda para no rasgarla y colocar acertadamente todos los cordones metálicos. Todos los detalles en la vida se llaman logros que...
- Doctor, ¿cortar orejas y rabo es un logro?
- Así es, Manuelillo, piensa que también tu vida la puedes ir llenando de lentejuelas de oro y plata, de piedras preciosas que son tus triunfos. Fíjate, Manuelillo, no te pueden gustar los colores, lo saturado del

bordado, la combinación de los colores fríos contra cálidos, pero, como buen torero, eso no te debe de distraer de tu principal objetivo: ¡triunfar, ser diferente para que las luces de tu traje, su resplandor, estén por encima de las sombras o tristezas que te depare el destino! Manuelillo, ¿cómo será tu traje?

- Doctor, primero dime, ¿cuál es tu nombre de torero?
- Alfonso.
- ¡Ah!, a partir de hoy serás Alfonso “el Doctor”, ¿te gusta tu nombre torero?
- Sí, Manuelillo.
- Me gustó tu nombre. Pues bueno, Alfonso “el Doctor”, mi traje será el que mi mamá Filomena confeccione con dolor y alegría, con fragmentos de esperanza revestidos de oro y plata.
- ¿A ti quién te remienda tu traje?

Así fue como Filomena confeccionó el traje que vistió Alfonso “el Doctor” el día que toreó en Aguascalientes, cortando dos orejas y rabo. Fue tan apoteósico su triunfo, que el público seguía con los pañuelos blancos en alto, con los que jugaba el viento. El juez de plaza tuvo que otorgar algo más. De pronto, apareció el alguacil con la pata del toro “Galeno”, de la ganadería de La Punta. Se la entregó al torero, a quien, al estar dando la vuelta al ruedo, le cayó a sus pies una bata blanca con un nombre grabado: Alfonso “el Doctor”. La recogió, volteó al tendido y encontró en la barrera a Manuelillo, con la cicatriz de su descalabrada, quien estaba tan emocionado que de nuevo brincó al ruedo para fundirse en un amoroso abrazo con el torero triunfador: su amigo, Alfonso “el Doctor”.

Así es la vida, una perfecta combinación de fragmentos en oro y plata, de belleza y perfección. ¿Quién confeccionará tu traje para torear la vida?

